

REPORTAJE

Testimonio sobre la vida judía con un cónyuge católico

El matrimonio mixto se dobliega frente a los desafíos de identidad



POR ISAÍAS WASSERMANN S.

Es un tema antiguo, pero totalmente vigente. Los matrimonios en que uno de los cónyuges es judío y el otro no siguen siendo un factor central de asimilación y debilitamiento de la familia judía. Al principio todo es color de rosas para los novios, pero frente a la educación de los hijos, las festividades, el antisemitismo y la muerte surgen las grandes diferencias de opinión. La conversión aparece como la mejor solución, idealmente antes del matrimonio, pero también durante la vida marital.

«Vengo de una familia laica, pero muy judía. Todas mis amistades eran judías hasta que salí del colegio, iba a un movimiento sionista, etc. A los 17 y 18 años comencé con las salidas a bailar y ese tipo de cosas, pero lamentablemente mi grupo de amigos e incluso de familiares era un poco clasista y los que no podíamos andar a su ritmo económico, simplemente nos quedamos abajo. Tal vez fue mi culpa no haber buscado otros grupos judíos donde integrarme».

Este fue el punto de partida de una historia verídica que culminó en un matrimonio mixto, es decir, un matrimonio en que uno de los cónyuges es judío y el otro no lo es.

Es un tema delicado y, de hecho, nuestro entrevistado prefirió el anonimato, para evitarse mayores complicaciones y poder entregar sus experiencias libremente, para que otros puedan sacar las conclusiones del caso y tomar algunos cursos de acción que les permitan una vida espiritual más plena.

—¿Qué sucedió al momento de cambiar los amigos judíos por nuevas amistades?

—Bueno, cuando entré a la universidad me encontré con un mundo distinto, con un nivel de conversación mucho más amplio, con un sentido de igualdad



tremendo entre hombres y mujeres. Es un ambiente que te cautiva...

—¿Ahí conociste a tu esposa?

—No. La conocí cuando empecé a trabajar y me casé muy enamorado. Mi madre, si bien le hubiera gustado que yo me casara con una chica judía, no fue muy insistente. En todo caso, al momento de casarnos acordamos un sistema para abordar el tema religioso. Ninguno de los dos trataría de influir sobre el otro en materia religiosa y los hijos tampoco iban a tener ningún tipo de influencia sobre la religión que iban a tener.

—¿Cuándo tomaste la decisión de casarte, tenías conciencia de lo que vendría?

—Ni me lo imaginaba, ni me preocupaba mucho tampoco. Tenía 26 años y estaba en otras cosas, pensaba que todo se podía arreglar, como arreglábamos el mundo en la discusión universitaria.

—¿El acuerdo de no interferencia religiosa fue fácil de cumplir?

—Sí, ambos lo cumplimos conscientemente y con muy buena voluntad.

MOMENTO DE DUDAS

«Cuando naces los hijos empiezan ciertos cuestionamientos. Mi primer hijo fue hombre y el pediatra sugirió que le hicieramos la circuncisión, lo que personalmente tomé con entusiasmo, ya que pensé que era bueno y que le podría servir a futuro. Pero en mi casa no teníamos celebraciones judías y por lo tanto nuestros hijos se criaron en ese ambien-

te. Cuando los niños crecieron y cada uno pensó en formar su familia yo les pedí que consideraran la opción del judaísmo», recuerda nuestro entrevistado.

—¿Al momento de casarse todavía era tiempo para que optaran por una vida judía, considerando que no tenían experiencias previa significativas?

—La verdad es que es difícil, pero curiosamente desde el punto de vista intelectual mis hijos tienen una cercanía muy fuerte con lo judío.

—¿Qué te sugiere esto, que el judaísmo se lleva en los genes o que es parte de un proceso formativo?

—En los genes de ninguna manera. Nosotros podemos ser judíos de dos formas, por la vía materna o por adopción de la religión. Me quedo con la respuesta que dio Einstein cuando le preguntaron si le gustaría volver a nacer judío y el dijo que no, que prefería elegir ser judío.

—¿Tienes algún sentimiento de frustración respecto de la formación no judaica que recibieron tus hijos?

—Frustración no, pero tengo sensación de culpa. Creo que si bien hice lo debido desde el punto de vista de la justicia, yo debería haber insistido más con el tema de la religión para mis hijos. Por suerte mi hija menor se convirtió al judaísmo y con ella siento que la cadena no se rompe, que estoy dejando una herencia.

—¿Cómo logras compatibilizar tu identidad judía y el cumplimiento de las mitzvot con un hogar donde la otra

parte profesa otras normas religiosas?

—Lo mismo que hago en la sinagoga y en el ámbito comunitario es lo que mantengo en la casa. Mi señora colabora mucho, hacemos kidush, encendemos velas, se hacen las brajot, comemos kasher, etc. Ella es muy comprensiva de lo que yo siento y hago.

—Aparentemente en un matrimonio mixto la persona no judía tiene que hacer más concesiones...

—Sí, claro, porque al revés lo único que te queda es no reclamar porque ella va a misa el domingo. Yo soy judío 24 horas del día y eso se hace sentir en mi casa.

—¿Te cuestionas las decisiones tomadas en su momento?

—Sí y no. Yo debiera en su momento haber buscado insertarme en otro grupo judío, cuando me sentí aislado de mis amigos. Ese fue mi error y lo reconozco.

POLÍTICA DE INCLUSIÓN

«No existe discriminación, pero cuando uno es el único en un grupo distinto no es tan cómodo», asegura nuestro entrevistado al ser consultado si ha sido difícil la inserción social de su cónyuge en las instancias comunitarias.

—¿Qué deberían hacer las instituciones frente a un matrimonio mixto?

—Yo pienso que no sólo en el caso de las parejas no judías hay que estar abiertos a captar gente. No se trata de tener una actitud proselitista, pero sí es importante dar la posibilidad de que la gente conozca el judaísmo y eventualmente pueda llegar a convertirse. En este tema seguimos siendo un poco conservadores. Creo que no hay que mirar el tema con temor. No es el fin del mundo, sino una oportunidad de captar gente a nuestra vida judía. Muchas personas se han convertido al judaísmo porque se le ha dado un espacio, porque ha conocido la riqueza de la vida judía. Lo importante es que la gente entre convencida de lo lindo que es esta forma de vida.

—¿En el caso de los matrimonios mixtos ya constituidos, la conversión del cónyuge no judío es la mejor salida?

—Obviamente facilita las cosas, pero en mi caso llevo una vida normal y feliz. Pero no puedo negar que en cuestiones cruciales uno se pone a pensar. Algún día nos vamos a morir y yo no voy a poder decir kadish por ella y ella no va a poder decir kadish por mí. Ahí, en el tema de la trascendencia, el asunto se pone bastante complejo de sobrellevar. Esto me parece penoso y creo que debe ser muy duro.